

CONFINAMIENTO

Dicen que los ángeles no tienen sexo, pero yo sé que sexo tienen y ese es femenino. Una joven angelical, con su trompeta, entona desde su balcón melodías populares, cuyas notas vuelan como palomas y se posan en todas las ventanas del vecindario, celdas secas de cientos de panales muertos, que envuelven la ciudad en tinieblas. Como cada día, a la hora del Ángelus, la joven, haga lluvia, viento o un tímido sol aparezca, para hacer de un inusual compañero, toca con todo su corazón, el de una gran artista, y acaricia con su instrumento canciones que comparten los vecinos, bien dando las palmas, bien con tímidos tarareos desde sus balcones. Día tras día se produce el mismo ritual y las muertas y secas celdas de abejas libadoras, que no tienen miel que producir porque se han dado cuenta que hace ya mucho, mucho tiempo, no saben lo que es amar, se sienten acariciadas y, poco a poco, sus inertes corazones son el motor que comienza a despertar de nuevo y es cuando fabrican dorada miel en el crisol de sus sufrimientos. La miel, al pasar los días, se desborda de las antaño muertas e inertes celdas y chorrea por los edificios, llegando a las calles y las limpia como si de un camión de la limpieza se tratase. Y mata al virus invisible, no al de la enfermedad del cuerpo sino al de la enfermedad del alma. Y, así, una vez salidos de este confinamiento, el amor es mejor que nunca auténtica caridad cristiana. Entonces la joven ángel interpreta por última vez su obra para, después, mirar al cielo y ascender a él con su trompeta.